EL PERIÓDICO *EL AMERICANO* (PARÍS, 1872-1874) Y LA INDEPENDENCIA DE CUBA

Salvador García-Castañeda
The Ohio State University

Como avance de un trabajo más extenso, me refiero aquí a *El Americano; ilustrado, político y literario*, un semanario escasamente conocido hoy, cuyo estudio me parece de interés tanto por su propósito de mediador entre el Partido Republicano Español y los independentistas durante la Guerra de los Diez Años (1868-1878) como por aportar curiosos datos sobre el político republicano Emilio Castelar y sus relaciones con las repúblicas de América.

Su fundador fue Héctor Florencio Varela (Montevideo, 1832 -Río de Janeiro, 1891), hijo de Florencio Varela (Buenos Aires, 1807- Montevideo, 1848), el distinguido periodista y político unitario argentino, a quien Rosas hizo asesinar. Tras la caída del dictador, Héctor fundó en Buenos Aires *La Tribuna* (1853), que fue durante una treintena de años uno de los periódicos más importantes de Sudamérica. De reputación internacional, tuvo una activa vida política, desempeñó numerosos cargos diplomáticos y fundó periódicos en varios países, entre ellos, *El Barcelonés* en Barcelona y *España y América* en Madrid.

A fines de 1871 recorrió varias repúblicas americanas con el fin de recaudar fondos para una empresa tan ambiciosa como la creación de un periódico que representase los intereses de aquellas repúblicas y para dar a conocer en Europa la civilización y las letras de la América hispana.

Así nació *El Americano*, un semanario de gran formato (38 cms. de caja), cuidadosamente impreso e ilustrado, que vio luz en París, el 7 de marzo de 1872, y que dejó de existir, que yo sepa, el 20 de junio de 1874 [1]. Los futuros colaboradores serían personalidades de la talla de Víctor Hugo, Giuseppe Mazzini, Louis Blanc y Ledru Rollin en Europa, y entre los americanos, Bartolomé Mitre, Carlos Guido Spano, José V. Lastarria, Gregorio Paz Soldán y Ricardo Palma.

El prospecto, titulado «El Americano: Sus propósitos y su misión», prometía una tirada de 20.000 ejemplares, en español y francés, aparecería cuatro veces por semana, y el precio de la inscripción sería de doce reales mensuales en toda América, inclusa la parte de Modas, en España, de veinte reales vellón, y en los demás Estados de Europa, cinco francos, menos en París donde valdría cuatro. En la portada mostraba un grabado de Colón señalando a América en un mapamundi al pie del que había instrumentos náuticos, libros y unas cadenas de esclavo rotas. Varela dejó la dirección del periódico al ser nombrado ministro plenipotenciario de Guatemala en París y agente de inmigración de la República Argentina. Le sucedió uno de los «más fuertes accionistas» del semanario (núm. 1, 22 de marzo de 1874), al parecer Fernando Casós, según carta firmada por él en la sección de «Correspondencia» (núm. 14, 20 de junio de 1874). A partir de estas fechas, *El Americano* debió de tener corta vida pues el 8 de marzo de 1874, y poco antes de aceptar su nombramiento diplomático, Varela se lamentaba de los graves problemas financieros del periódico, que «vive de milagro pues nadie da dinero para mantenerlo», y daba a conocer una lista de las Repúblicas que contribuían y de las que no, ya que el periódico costaba al mes 25.000 francos y en marzo éstas habían enviado tan sólo 16.600 («A mi regreso», núm. 51, 8 de marzo de 1874, p. 814).

Varela fue un republicano entusiasta que dedicó su vida y su amplia labor periodística a difundir sus ideas. En el prospecto aseguraba que América era la cuna de la democracia y del espíritu moderno, pues estaba libre de las «ruinas del castillo feudal y de la sombra de los palacios reales». Así veían los europeos a la América sajona, pero no a la de origen latino, a la que, más por ignorancia que por mala voluntad, imaginaban

«eternamente agitada en brazos de la barbarie». Y protestaba en nombre de una civilización que había heredado «la sangre y el habla, la tradición y el origen de la caballeresca España» y que había acogido generosamente en sus tierras a millones de europeos. El semanario tendría la misión de dar a conocer en Europa a la América Latina y defender la República y la Democracia «hasta la muerte». Lo que no decía Varela era que estaría desde sus comienzos casi exclusivamente al servicio de la independencia cubana.

España atravesaba entonces uno de sus peores momentos: el 18 de septiembre del 68 tuvo lugar la revolución *Gloriosa*, y poco después, el 10 de octubre del mismo año, lanzó Céspedes el *grito* de Yara. Hubo después en España un gobierno provisional, el breve reinado de Amadeo de Saboya (noviembre de 1870 - febrero de 1873), la aún más breve Primera República (febrero de 1873-enero de 1874) y la Restauración borbónica en 1875 en la persona de Alfonso XII. Mientras tanto, los sucesivos gobiernos tuvieron que hacer frente a los levantamientos Cantonales y a una nueva guerra carlista. Tal inestabilidad política y tales necesidades militares favorecieron sin duda a los cubanos, *El Americano* apareció cuando la Guerra de los Diez Años, llevaba ya cuatro de existencia con altibajos diversos, y se hizo eco en sus páginas de las implicaciones inherentes a aquella guerra, es decir: la independencia de la isla, la abolición de la esclavitud, el apoyo de las repúblicas hispanoamericanas a los cubanos, la actitud adoptada por los Estados Unidos y por Europa, y las ambiguas relaciones con España, especialmente con el Partido Republicano.

El número 2 afirmaba ya que «Nosotros creemos que son y serán inútiles todos los sacrificios de sangre y dinero que España haga por dominar el sentimiento de emancipación que agita todos los corazones en Cuba porque, aunque hoy pudiera vencer la rebelión, mañana se encendería nuevamente y al fin sucedería lo que lógicamente ha de suceder; que Cuba se haga dueña de sus destinos, como se hizo Méjico cuando se creyó que el poder de un César le impondría el trono, que pretendió apoyar con sus bayonetas» («Cuestión de Cuba», núm. 2, 24 de marzo de 1872, pp. 35-38). De hecho, las noticias sobre la guerra son constantes y tienen el valor de una crónica comentada y vista desde la perspectiva hispanoamericana, enriquecida en ocasiones con valiosos detalles de carácter personal.

Mediados los años 60, la mayoría de la elite económica cubana concentraba sus esfuerzos en obtener las reformas necesarias para lograr la libertad de comercio y una mayor participación en el gobierno colonial. Frente a ellos, los *peninsulares*, que dominaban el comercio y la administración colonial, se oponían a cualquier tipo de reforma y estaban a favor del monopolio comercial de España pues les beneficiaba. Entre los criollos, unos querían reformas y autonomía; otros, independencia y sólidas relaciones comerciales con los Estados Unidos; y un tercer grupo, la independencia para después anexionarse a Estados Unidos, lo mismo que había hecho Texas, en busca de progreso y democracia [2]. Las tensiones entre ambos campos contribuyeron a acelerar el movimiento independentista cubano, así como a interesar a los empresarios norteamericanos en las oportunidades económicas que ofrecía la isla. La economía cubana, en especial el mercado del azúcar, dependió cada vez más del mercado americano y mediado el siglo, casi un tercio del comercio de Cuba era con los Estados Unidos, más que el realizado con España. La Guerra de los Diez Años marcaría el declive de los grandes hacendados cubanos, que arruinados por la guerra tuvieron que vender sus tierras e ingenios azucareros a bajo precio, dando así un gran impulso a la penetración económica norteamericana.

Sabido es que los Estados Unidos tenían puestos sus ojos en Cuba y que sólo aguardaban la ocasión propicia para conseguir su anexión territorial o una fórmula que les asegurase el control político y económico de la isla. Ya en 1848, el Presidente Polk ofreció comprársela a España por 100 millones de dólares y a lo largo del siglo hubo repetidas ofertas, la última, la de Mc Kinley, poco antes de la intervención militar. Como España se negó siempre a vender una isla que consideraba parte del territorio nacional, los norteamericanos decidieron dejarla en poder de una potencia débil como España y esperar el momento propicio para la anexión, como sucedería después en 1898 [3].

Durante la guerra de los Diez Años, la opinión en Estados Unidos estaba dividida pues, mientras unos favorecían la incorporación de Cuba al territorio de la Unión por razones económicas, otros temían hacer parte de ella a una isla poblada en buena parte por mulatos y negros, los cuales habían triunfado en Haití a fines del siglo anterior y protagonizado después numerosas revueltas en Cuba. Durante la guerra, y por razones políticas, los Estados Unidos no mostraron gran interés en ayudar de modo efectivo a los cubanos y, antes de que Martí denunciase los propósitos de los norteamericanos, Héctor Florencio Varela revela en estas páginas su desconfianza hacia las motivaciones políticas de aquellos y la constante sospecha de sus propósitos imperialistas con respecto a Cuba. La misión del *Americano* es conseguir «la unión de la raza latina», acabar con los malos recuerdos del pasado que se avivaron después de la guerra de España con las repúblicas del Pacífico,

> una política de fraternidad, que ligando a todos los pueblos de origen español en un solo propósito -el de una unión sincera- y en una sola aspiración -la del engrandecimiento de todos por el concurso recíproco que se presten- puedan celebrar una alianza que les permita, si el día llega, oponer una fuerte muralla compuesta de pechos en que hierva sangre latina, para

> contener el empuje de otra raza, que engreída en su preponderancia y sus victorias, pudiese querer aprovechar una debilidad que, a no dudarlo, sería funesta para ambos, para la madre y para los hijos. («*El Americano*. Sus propósitos y su misión», 7 de marzo de 1872, p. 2).

Íntimamente relacionado con el tema de la independencia estaba el de la esclavitud. Tras la Guerra Civil americana, tan sólo perduraba en las colonias españolas de Cuba y de Puerto Rico, y en el Brasil, una muestra más, según los partidarios de la independencia cubana, de la crueldad e intransigencia españolas. Aunque en 1860 el tráfico de esclavos casi había desaparecido [4], el tema seguía siendo de actualidad tanto para los independentistas cubanos como para los republicanos españoles. Así, en «La abolición de la esclavitud en Puerto Rico y el gobierno radical y monárquico de España», un Dr. Betances escribía desde París que el fin de la esclavitud en Puerto Rico se debió a las presiones de los ingleses y de los norteamericanos, y a los esfuerzos de los propios portorriqueños. Los que todavía quedaban en Cuba habría que libertarlos por la fuerza, pues España no cedería voluntariamente (núm. 44, 27 de enero de 1873, p. 735). Otro artículo, por «Un americano», pedía al gobierno británico el reconocimiento de Cuba como república independiente para acelerar el fin de una esclavitud que había sido abolida ya por los revolucionarios el 10 de octubre de 1868 (núm. 49, 3 de marzo, pp. 814-815). Entre los antiesclavistas republicanos españoles destaca Castelar, quien habló repetidamente en contra de la esclavitud, entre otras ocasiones, el 20 de junio de 1870 pronunció en el Congreso un apasionado discurso, y otro, muy famoso, el 21 de diciembre de 1872, sobre lo mismo, a favor de las reformas y en contra de los abusos de capitanes generales y burócratas y en el que advertía que de no hacerlo, se perderían Cuba y Puerto Rico [5]. En otro número, y a toda plana, figuran los retratos de los «Diputados españoles abolicionistas de la esclavitud» y de otros antiesclavistas republicanos, como José María Orense, Estanislao Figueras y Segismundo Moret.

Pero la llegada de la República no cambia la situación de los esclavos cubanos y el autor de «Cuba libre y España republicana» escribe:

> Estoy asombrado, extraordinariamente asombrado de la conducta vacilante y raquítica de los republicanos españoles, que ni siquiera han tenido un débil rasgo [...] los meses han transcurrido y la horrible mancha de la esclavitud continúa.

Ataca también a Castelar por no haberla abolido, a Salmerón por felicitar a los Voluntarios de Cuba como «defensores de la integridad nacional» y a Orense por inhibirse («Carta desde Méjico», de Andrés Clemente Vázquez, núm. 11, 2 de junio de 1873, pp. 163-165).

Quien pase la vista por las páginas de esta publicación hallará que la mayoría de las noticias, artículos y grabados se refieren a España. Este es el verdadero objetivo de *El Americano*, al que dirige una propaganda tan incesante como hábil. La lista de los futuros colaboradores españoles incluía nada menos que a Eugenio de Ochoa, Bretón de los Herreros, Cristino Martos, José Zorrilla, Fernán Caballero, Pi y Margall, el duque de Rivas, Carolina Coronado, Gertrudis Gómez de Avellaneda y Abelardo López de Ayala, entre otros, y se esperaba la de Alcalá Galiano, Narciso Serra, José Canalejas y Juan Valera.

Brillante plantel de colaboradores, en verdad, si hubieran llegado a colaborar, lo que la inmensa mayoría no hizo aunque en los primeros números apareció un artículo de Manuel del Palacio, otro del marqués de Molins y varios del difunto Eugenio de Ochoa, de quien el semanario se ocupó con cierta frecuencia y en términos muy elogiosos pues su hijo Carlos estuvo a cargo de la administración del periódico desde sus comienzos («Don Eugenio de Ochoa» [Necrología], núm. 1, 15 de marzo de 1872, pp. 19-22). El nuevo semanario fue recibido de manera diversa pues, según «La prensa de Madrid y nosotros» (Número Prospecto, 7 de marzo de 1782, pp. 5-6), varios de los periódicos madrileños saludaron su aparición «en términos atentos y galantes» pero otros se tomaron la libertad «de prejuzgar nuestras intenciones». Uno de aquellos fue *La Época*, el cual denunciaba el propósito de *El Americano:* «aparte el propósito de dar a conocer estas repúblicas en Europa, tiene el de ayudar a la independencia de Cuba y al triunfo de la democracia republicana en España. Sirva de aviso a algún importante defensor de la República en España cuya cooperación se ha buscado» [refiriéndose sin duda a Castelar]. Otros muchos periódicos madrileños como *La Política, La Prensa, El Debate, El Puente de Alcolea, La Correspondencia* y *El Tiempo* acusaron también a *El Americano* de ser una publicación filibustera e incitaron a los españoles a no colaborar en él («La cuestión de Cuba», núm. 6, 27 de abril de 1872, p. 98). Blanco especial de las iras de *El Americano* fue *La Correspondencia de España:* «Este papelucho que se publica en Madrid, especie de piscina por donde ha salido mucha inmundicia...» (núm. 4, 13 de abril de 1872, p. 71).

Las defecciones fueron masivas y ya en el mismo número se anunciaba la negativa a colaborar de Eusebio Blasco, Escosura, Hartzenbusch, López de Ayala y Bretón de los Herreros, «por no simpatizar con las ideas de *El Americano* en la cuestión de Cuba» («Colaboraciones españolas», núm. 6, 27 de abril de 1872, p. 103). En cambio, Manuel del Palacio envió un soneto que también vio la luz en aquel mismo número, y que decía así: «"El grito de Colón" (Soneto inédito) de Manuel del Palacio»

> *Cansado ya sin rumbo y sin aliento,*
> *Una luz vio Colón en lontananza;*
> *Brilla en su mente el sol de la esperanza,*

Arde en su pecho juvenil contento:
Por fin exclama, mi soñado intento
A convertirse en realidad avanza;
Rasga tu velo, noche, y de bonanza
Aurora celestial perfume el viento.
Y esto oyendo, la brisa que dormía
Barre las nubes y con faz serena
Encendido de orgullo nace el día:
Ruego ferviente los espacios llena;
Inclínase Colón y todavía
Amoroso su grito allí resuena.

(núm. 6, 27 de abril de 1872, p. 106).

Lo malo es que se trataba de un soneto acróstico en el que las primeras letras de cada verso, leídas verticalmente, decían *Cuba para Yberia*, broma que pasó desapercibida hasta que la comentó *El Debate*. Y en el número 24 del 3 de septiembre, bajo el título «Vaya una viveza», *El Americano* comentaba el engaño con una moderación que apenas ocultaba lo molesto del chasco, insistía en la futura colaboración con los republicanos españoles, y hacía votos para que Cuba «rompa las cadenas que la unen a una corona que hoy ni española es!!», refiriéndose al reinado de Amadeo de Saboya.

El tono es de respeto y de cortesía hacia la frecuentemente llamada «madre patria», hay escenas costumbristas, cuentos y retratos de los reyes, de políticos, de militares y de artistas españoles, cuyas vidas y milagros ensalza. Hay encomiásticas necrologías de Eugenio de Ochoa, de Bretón de los Herreros y dos páginas en «Homenaje a la memoria del escritor español Miguel de Cervantes Saavedra», con un retrato a toda plana (núm. 7, 5 de mayo de 1874, pp. 105-107). Junto a esta información de carácter cultural hay noticias de España que el periódico acompañaba con comentarios, artículos y cartas que contribuyeran a desalentar a los lectores españoles; cada semana, y bajo el título de «Sucesos de España» o «Acontecimientos de España», solían aparecer grabados sobre la guerra carlista o las sublevaciones cantonales.

El Americano matiza muy bien quienes son sus enemigos y distingue entre «la patria de Cervantes y de fray Bartolomé de las Casas» y un gobierno español, «siempre egoísta, siempre retrógrado, siempre sanguinario» («Los cubanos residentes en Méjico», núm 31, 21 de octubre de 1872). Dando prueba de buen tacto no ataca al ejército ni a la marina española, pero sí a los *Voluntarios de Cuba*, un cuerpo que representaba los intereses económicos de los *peninsulares* de la Isla, al que tachaba de fanático y cruel y de imponer su voluntad al gobierno de Madrid. Los separatistas y los antiesclavistas cubanos, de los cuales era portavoz *El Americano*, tenían puestas sus esperanzas en el partido republicano español, el único que podría haber contribuido a lograr la independencia cubana. Por ello concentró sus esfuerzos en concienciarle y en cultivarle y en sus páginas aparecen con frecuencia retratos, biografías y noticias muy elogiosas de prohombres republicanos como Salustiano Olózaga (núm. 40, 25 de diciembre de 1872, pp. 653-654), Ruiz Zorrilla, Pi y Margall, Cristino Martos (núm. 47, 17 de febrero de 1873, p. 781) y otros varios.

Entre todos ellos destaca Emilio Castelar, cuya efigie ilustra la portada de un número de *El Americano* flanqueada por el triángulo masónico, el gorro frigio y los nombres de Cicerón y de Demóstenes (núm. 30, 14 de octubre de 1872, pp. 490-491) [6]. Castelar y Varela se conocieron en 1854, cuando éste leyó en *Las Novedades* un discurso de Castelar; le gustó tanto que lo reprodujo en *La Tribuna* de Buenos Aires, de la que era director, y le invitó a colaborar en ella. Tras la fracasada sublevación militar progresista del 22 de junio de 1866, sus inspiradores se refugiaron en otros países y Castelar lo hizo en París, donde permaneció entre 1866 y 1868 y desde donde tuvo ocasión de visitar Francia, Alemania, Suiza, Inglaterra e Italia. Conoció y trató a los primeros hombres de Europa, y a juzgar por una carta citada por Benjamín Jarnés, a los más eminentes de la prensa y de la tribuna francesas, del Instituto y del Colegio de Francia, y algunos le habían «sentado a su mesa y me han demostrado con sus simpatías que mi nombre había atravesado el Pirineo» [7].

En la misma carta escribía que «La sociedad sudamericana, tan elegante y tan rica, me ha abierto sus puertas y me ha recibido de una manera que no podré encarecer nunca bastante». Fruto sin duda de estas relaciones y de la amistad con Varela fueron sus colaboraciones en la prensa de América Latina, que le proporcionaron los medios necesarios para vivir en la emigración. Sus artículos de carácter político y literario aparecieron «en *La Nación*, de Buenos Aires; en *La Tribuna* de Montevideo; en *El Siglo* de Montevideo; en *El Nacional* de Lima; en *El Mercurio* de Valparaíso; en *El Monitor Republicano* de Méjico; en *El diario* de Bogotá, y en otros periódicos de otras repúblicas americanas. En *El Siglo*, periódico liberal de La Habana publicó unos folletines que describían París y sus costumbres, que fueron muy aplaudidos y admirados» [8].

Según Varela, Castelar tenía en las Repúblicas americanas «una popularidad tan solo comparable a la que acompaña al nombre fantástico de Garibaldi» (núm. 30, 14 de octubre de 1872, pp. 490-491), y la amistad entre ambos debió de ser bastante íntima: «Hace quince años somos como hermanos» escribía Varela («La cuestión de Cuba. Castelar y nosotros», núm. 4, 13 de abril de 1872, pp. 70-71), de quien Castelar hizo una «Semblanza» en *La Igualdad* de Madrid (25 de julio de 1870), y prologó su libro *Revolución de Lima, reseña de los acontecimientos de Julio* (París, 1872). Según el «Número Prospecto», Castelar contribuyó muy efectivamente a la fundación de *El Americano* pues, «El famoso tribuno español y amigo íntimo del director ha estado en París para ponerse ambos de acuerdo acerca de su colaboración y dijo: Dispón de mí sin limitación; te mandaré todo el material que necesites para

El Americano, en cuya prosperidad sabes cuánto me intereso y de cuyo éxito estoy ahora completamente convencido» («Emilio Castelar», 7 de marzo de 1872, p. 11). Emilio Castelar era redactor, escribiría un artículo en cada número y había ofrecido dar los nombres de «otros muchos colaboradores». De hecho, fue el único, entre los escritores y políticos españoles de talla, que contribuyó con asiduidad al semanario, y su novela «La historia de un corazón [...] escrita expresamente para *El Americano*» iba dedicada «A mi amigo Héctor F. Varela en testimonio del afecto que le profeso por sus grandes cualidades y de la admiración que me inspira por su clarísimo talento. Emilio Castelar» (núm. 37, 4 de diciembre de 1872, pp. 610 y ss.). Algunos periódicos de París, como *Le Figaro* y *Le Gaulois*, acusaron a éste de vivir a costa de Fernández Varela, y que éste le había abierto dos cuentas en París, lo que desmintió enérgicamente el último («Los reaccionarios y Castelar», [sin firma pero de Varela], núm. 49, 3 de marzo de 1873, p. 814).

La abdicación de Don Amadeo, que *El Americano* alabó como «un rasgo de franqueza que le honra y le realza», llenó de esperanzas a los separatistas cubanos pues los prohombres de la recién instaurada República Española eran simpatizantes y correligionarios suyos, y el semanario animó a Castelar, quien formaba parte del nuevo gabinete, a reconocer la independencia de Cuba (Héctor Florencio Varela, «Un rey que cae y una república que se levanta», núm. 47, 17 de febrero de 1873, p. 783). Varela era partidario de un sistema de república democrática y enemigo de tiranías y, al proclamarse ésta en España, después de saludar jubilosamente su advenimiento, advertía a su amigo Castelar que:

> Una República no se funda en un día y mucho menos se funda en una nación como la española, educada en una tradición monárquica y teocrática en la que Felipe II y Torquemada tienen todavía admiradores, en la que no han faltado súbditos que mirasen a sus reyes como enviados por la Providencia, y en la que, hoy mismo, en fin, se encuentran individuos que creen que Isabel II ha sido ungida por la mano de Dios.

Varela estaba sin duda al tanto de las algaradas y motines con los que los extremistas de la izquierda venían presionando a los sucesivos gobiernos después de la caída de Isabel II, y prevenía contra

> una fracción avanzada, *roja*, que se mostrará exigente con el gobierno, que pretenderá ejercer venganzas y querrá que allí se inagure un orden de cosas cuya base fuera el *comunismo*.
>
> Y bien, el gran mérito de Castelar y de sus compañeros de hoy será *resistir* a las exageraciones de los que creen que el ser republicano consiste en perturbar el orden de los pueblos, repartirse la propiedad de los otros, y vivir en medio de la más asquerosa licencia. No: nada de eso es la República («La República Española», [H.F. Varela], núm. 48, 24 de febrero de 1873, p. 798).

Y poco después le exhortaba de nuevo a resistir «enérgicamente las pretensiones de los *rojos*, que creen que la República es la licencia, el comunismo, el derecho de hacer cuanto se quiera sin freno ni sujección a la ley» pues temía que «serán ustedes desbordados por los que no quieren comprender que la República no se funda en un día sobre un terreno calcinado por el fuego de una monarquía secular» («A Emilio Castelar», [H.F.V.], núm. 50, 10 de marzo de 1873, p. 830) [9].

Pero a las felicitaciones de los sudamericanos residentes en París, Castelar respondió con un telegrama oficial redactado en términos tan amistosos como inequívocos:

> «Sr. D. H. F. Varela», París, Febrero 13 de 1873. El Ministro de Estado de la República Española saluda con efusión a los ciudadanos del Sur de América residentes en París.
>
> Ya en todo el territorio poseído por la raza española ondea el pabellón de la República; ya nuestras islas del mar de las Antillas son también parte integrante de una gran República.
>
> Yo espero que el amor entrañable por mí profesado siempre a la América del Sur, me autoriza para pediros que aliéis la opinión pública de aquellas regiones para que se convenzan de la necesidad de que la bandera de la República española ondee siempre en territorio americano como lazo de unión entre el viejo y el nuevo mundo. Emilio Castelar («La República Española y La América del Sur», núm. 48, 24 de febrero de 1873, p. 798).

Antes de la llegada de la República, *El Americano* alaba y retrata en sus páginas frecuentemente a sus correligionarios españoles, pues espera mucho de ellos («Sobre *El Americano*», núm. 1, 15 de marzo de 1872, p. 31; «Una palabra sobre Cuba», núm. 3, 4 de abril de 1872, pp. 58-59), pero la España republicana no respondió como se había esperado y pronto fue blanco de los ataques de los independentistas. «Estoy asombrado, extraordinariamente asombrado -escribía uno- de la conducta vacilante y raquítica de los republicanos españoles, que ni siquiera han tenido un débil rasgo...» («Cuba libre y España republicana». Carta desde Méjico de Andrés Clemente Vázquez, núm. 11, 2 de junio de 1873, pp. 163-165). Otro lamentaba que a pesar de la instauración de la República, «los meses han transcurrido y la horrible mancha de la esclavitud continúa en Puerto Rico y en las partes de Cuba que los españoles poseen» y atacaba a Castelar por no haber abolido la esclavitud, a Salmerón por felicitar a los *Voluntarios de Cuba* como «defensores de la integridad nacional» y a Orense de inhibirse («Cuba libre y España republicana».

Carta desde Méjico de Andrés Clemente Vázquez, núm. 11, 2 de junio de 1873, p. 163), y los firmantes de una carta acusaban a Castelar, «el más grande orador de los tiempos modernos, y sus ilustres compañeros Orense, Figueras y tantos otros, [de haber] callado con un silencio criminal ante los padecimientos de Cuba» («Los cubanos residentes en Méjico», núm. 31, 21 de octubre de 1872, pp. 510-511).

De hecho, desde la llegada de los republicanos al poder, los ataques arrecian y el tono es cada vez menos comedido. A partir del número 6, 27 de abril de 1864, pp. 87-88, y durante varios números, aparece la serie «La República de Cuba y España», firmada por «La Redacción», que acusa a los españoles de brutalidad y de abusos, de rapiñas y de crímenes. Distingue especialmente a los *peninsulares* de Cuba que piden auxilio de la metrópoli pero ni aceptan su autoridad ni reciben su influencia sino en cuanto éstas favorecen sus planes particulares. Acusa a los sucesivos gobiernos de mala administración y vaticina que España va a la bancarrota, pero Cuba cuenta con grandes riquezas que garantizan su prosperidad cuando sea independiente. España no tiene medios para implantar su autoridad, las batallas y la guerra de guerrillas continúan y la llegada de Concha, el nuevo Capitán General, no va a resolver nada.

Tampoco se olvidó la guerra de España con Chile y Perú y en el sexto aniversario del bombardeo del Callao había una página con grabados del «Combate del Callao el día 2 de Mayo de 1866» (núm. 10, 25 de mayo de 1873, p. 153); y la exposición en París de un monumento conmemorativo de la resistencia contra la escuadra española dio lugar a varios artículos y cartas de peruanos contra los periódicos franceses y españoles que criticaron aquel monumento («El monumento del Dos de Mayo», núm. 13, 18 de junio de 1872, p. 221; núm. 15, 2 de julio de 1872, pp. 250-251; «El monumento del 2 de Mayo. Perú», núm. 17, 16 de julio de 1872, p. 286; «La palabra de un peruano» (núm. 17, 16 de julio de 1872, p. 282).

Para empeorar las cosas, el apresamiento del navío *Virginius* tuvo lugar en época republicana. El *Virginius*, perteneciente al Comité Cubano de los Estados Unidos, llevaba armas para los insurgentes, fue apresado por la cañonera española *Tornado*, los tripulantes fueron juzgados como tales y algunos, fusilados («Sucesos de Cuba», núm. 34, 9 de noviembre de 1873, pp. 529 y ss.). *El Americano* dedicó no poco espacio al suceso (Grabado: «Acontecimientos de Cuba. Fusilamiento de los cubanos apresados en el Virginius», núm. 37, 30 de noviembre de 1873, p. 577) y acogió en sus páginas varios artículos y cartas que, además de ensalzar como héroes de la Libertad a las víctimas, lamentaban la indiferencia del gobierno inglés y el norteamericano y la actitud de las Repúblicas hispanoamericanas que habían mostrado en aquella ocasión «simpatías más platónicas que eficaces» («Cuba y la América del Sud», núm. 37, 30 de noviembre de 1873, p. 578; E. Pradier Foderé, «Cuestión del Virginius», núm. 37, 30 de noviembre de 1873, p. 577). Fernández Varela, de viaje por Venezuela, publicó en *La Opinión Nacional* de Caracas una carta (27 de noviembre de 1873) dirigida a Castelar como «Jefe del Poder Ejecutivo de la República Española», en la que en términos muy amistosos le preguntaba, aunque de antemano se negaba a creerlo, si había sido él quien había firmado la sentencia de muerte de los patriotas cubanos del *Virginius*, fusilados por la espalda como traidores a instancias de los *Voluntarios de Cuba*. Y aunque Varela sabía que Castelar decía siempre que «era español antes que republicano», aquel era un caso de humanidad y le pedía «una protesta contra una hecatombe que ha enlutado el corazón de la América y que pone en grandísimo peligro la reputación y la simpatía que aún acompañaba a tu nombre en el continente que supo glorificarte porque supo quererte». Repetía que la independencia de Cuba era tan sólo una cuestión de tiempo y se despedía como «Tu hermano y amigo» (Carta de Varela a Castelar, núm. 43, 11 de enero de 1874, pp. 684-686).

Así acabó en estas páginas el idilio de los republicanos españoles con los independentistas cubanos y, posiblemente, la antigua amistad de Castelar con Fernández Varela. Tras la entrada del general Pavía en el Congreso, que dio fin a la Primera República, *El Americano* publicó un artículo contra Castelar, que jamás habría aparecido en otros tiempos. Lo firmaba Federico de la Vega [10], un republicano español que, al no materializarse las esperadas colaboraciones de tantos prohombres de ambos mundos, llegó a redactar la mayor parte del periódico. En él satirizaba al antiguo ídolo, ahora en desgracia, como político y como literato, como «el orador poeta, el dictador de mazapán que, por mal de sus pecados y de los nuestros, abandonó un día las regiones que presiden la dulce Erato y la juguetona Clío para meterse en el zarzal de la política y empuñar con perfumado guante las riendas del poder dictatorial [...] Emilio Cándido Castelar [...] poético dictador». Y se reía del escaso valor y lealtad a sus principios de que hicieron muestra los diputados republicanos cuando Pavía les desalojó del Congreso («Pretorianos, firmes!», núm. 44, 18 de enero de 1874).

La subida al trono del joven Alfonso XII, al que *El Americano* había calificado de «rey Liberal», tan sólo dio comienzo a otra nueva era de frustraciones y de esperanzas. Frente a la desunión, el cansancio y la falta de medios de los cubanos había una monarquía sólidamente reestablecida. Martínez Campos lanzó una vigorosa ofensiva en marzo de 1877, ofreció libertades a Cuba y amnistía a los rebeldes, y el 11 de febrero de 1878 se firmó la paz de Zanjón.

OBRAS CONSULTADAS

ABAD, Diana: *Historia de Cuba II: La Guerra de los Diez Años; la tregua fecunda*, La Habana, ENPES, 1989.

BETHELL, Leslie: *Cuba: A Short History*, Cambridge University Press, 1993.

CARR, Raymond: *Spain 1808-1975*, Oxford, Clarendon, 1982.

FERNÁNDEZ MUÑIZ, Áurea Matilde: *España y Cuba 1868-1898: revolución burguesa y relaciones coloniales*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1989.

FIGUEROA Y TORRES, Álvaro (Conde de Romanones): *Los cuatro presidentes de la primera república española*, Madrid, Espasa-Calpe, 1939.

GÓMEZ APARICIO, Pedro: *Historia del periodismo español: De la revolución de septiembre al desastre colonial*, Madrid, Editora Nacional, 1971.

GUERRA Y SÁNCHEZ, Ramiro: *Guerra de los Diez Años*, La Habana, 1950.

HANNAY, David: *Don Emilio Castelar*, London, Bliss, Sands and Foster, 1896.

JARNÉS, Benjamín: *Castelar. Hombre del Sinaí*, Madrid, Espasa-Calpe (Austral), 1971.

PONTE DOMÍNGUEZ, Francisco: *Historia de la Guerra de los Diez Años*, La Habana, 1972.

SEOANE, María Cruz: *Historia del periodismo en España, II. El siglo XIX*, Madrid, Alianza, 1989.

LLORCA, Carmen: *Emilio Castelar, precursor de la Democracia Cristiana*, Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», 1999.

PIRALA CRIADO, Antonio: *Anales de la guerra de Cuba*, 3 vols., Madrid, Imprenta F. González Rojas, 1895-1898.

THOMAS, Hugh: *Cuba: The Pursuit of Freedom*, New York, Harper, 1971.

VV.AA.: *Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales 1868-1898*, La Habana, Instituto de Historia de Cuba, Editora Política, 1996.

NOTAS

1. El primer número es del 15 de marzo de 1872 (el 7 del mismo mes había aparecido un «Número specimen» en francés). Como tan sólo pude manejar una colección en la que faltan números no puedo dar la fecha exacta en que dejó de publicarse este periódico. La Administración estaba en el 17 de la rue d'Aumale. El distribuidor de *El Americano* en España era la casa Bailly-Baylliere, de Madrid, adonde se enviaban cinco mil ejemplares semanalmente («Don Eusebio Blasco, muerto antes de nacer», núm. 6, 27 de abril de 1872, pp. 98-99).

2. Leslie Bethell: *Cuba: A Short History*, Cambridge, University Press, 1993, p. 22.

3. L. Bethell, *op. cit.*, p. 26, nota 3.

4. *Cf.* L. Bethell, *op. cit.*, pp. 21 y ss.

5. Carmen Llorca: *Emilio Castelar, precursor de la Democaria Cristiana*, Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», 1999, p. 156 y nota 175.

6. No era infrecuente que políticos y militares liberales pertenecieran a las logias masónicas, relacionadas unas con otras en ambos continentes. La Masonería tuvo un importante papel en la lucha de las colonias americanas por la independencia. Los jóvenes criollos de familias acomodadas solían ser enviados a educarse a Europa o a los Estados Unidos, de donde volvían, especialmente, los afiliados a las logias, llenos de espíritu revolucionario (Bethell, *op. cit.*, p. 19).

7. Benjamín Jarnés: *Castelar. Hombre del Sinaí*, Madrid, Espasa-Calpe (Austral), 1971, p. 118.

8. *Ib.*, p. 105.

9. Tras la dimisión de Salmerón como presidente de la República, subió al poder Castelar con el propósito de atraerse a las clases conservadoras y consolidar así la confianza en aquella y la unidad nacional. Para ello asumió poderes dictatoriales, suspendió las garantías constitucionales y gobernó por decreto entre el 20 de septiembre de 1873 y el 2 de enero del año siguiente. Consiguió así notables mejoras, pero esto le atrajo los odios de Salmerón y de los republicanos de izquierda. (*Cf.* Carr, *op. cit.*, pp. 327-337).

10. Federico de la Vega nació en Jerez en 1831. Huérfano y sin recursos, conoció en Madrid a Pi y Margall («Carta al Sr. D. Francisco Pi y Margall» [en la que le llama «maestro» y le felicita como discípulo suyo], núm. 48, 24 de febrero de 1873, p. 799), y se estableció después en Santander. En 1860 marchó a París donde colaboró en varios periódicos americanos como *El Comercio* de Lima (con el seudónimo de «Lupercio»), *El Siglo XIX* de México, *El Mercurio* de Valparaíso y otros varios. Durante su estancia en Santander fue amigo de Pereda, quien prologó su libro *Mesa Revuelta, colección de artículos de costumbres* (París, Librería de Rosa y Buret, 1865), pero más tarde rompió con él. Fue autor de artículos políticos y de costumbres de carácter satírico. En las páginas de *El Americano* se muestra ferviente republicano y partidario de los intereses de los hispanoamericanos frente a los de los españoles.